

haber hecho mas uso de los talentos que os distinguen de los demás hombres, que el haber hallado en ellos una distincion infeliz en la ciencia del pecado, y en la satisfaccion de sus pasiones. ¡Quién soy yo, oh Dios mio, para querer hallar en mi corazon las razones de vuestras misericordias! Un infeliz á quien han hecho mas culpables vuestros dones; un pecador que en vuestros mismos beneficios ha hallado la raíz de sus miserias; un monstruo de ingratitud que se ha divertido en juntar quantas disposiciones favorables á la virtud puede dar de sí un natural feliz, con quanto puede inspirar á favor del vicio una voluntad corrompida.

La segunda razon porque el reconocimiento, que debe ser continuo en las almas á quienes Dios ha movido, se entibia en nosotros, es porque nos vamos olvidando de nuestras pasadas miserias. En los primeros dias de nuestra penitencia, apenas nos atreviamos á mirarnos á nosotros mismos: los horrores de nuestra alma, que aun estaban vivos, por decirlo así, hacian gemir á nuestra fé; nuestros desórdenes se presentaban todavia á nuestra vista con toda su fealdad; y aun era preciso que el Confesor prudente y caritativo nos los disfrazase para asegurar nuestros temores, y para que no desmayase nuestra flaqueza: entonces la sola tentacion que padeciamos era el conocer demasiado nuestra miseria. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con nosotros mismos; nuestras falsas virtudes nos han ocultado nuestros pasados delitos, y algunos pocos dias dedicados á la penitencia, algunas pocas lágrimas han borrado de nuestra memoria los horrores de una vida llena de iniquidad; de este modo el reconocimiento del beneficio que nos purificó, se ha borrado con la memoria de las manchas de que entonces estabamos cubiertos.

Esto sucede en las mas de las conversiones, de lo que nace que sean tan poco durables. Dios quiere que

en todos los instantes de la vida se conozca el inestimable precio de la gracia que mudó nuestro corazon: dexa de ser misericordioso, luego que dexamos de ser agradecidos á sus misericordias. David despues de su rigurosa penitencia, de sus lágrimas, y de sus cánticos, aun no veía en sí sino al asesino de Urias, y al violador de la santidad del lecho conyugal: su culpa, aun despues de mucho tiempo de expiada, se manifestaba continuamente á su vista como una sombra importuna; y ni el resplandor del trono, ni la prosperidad de su reynado, ni el número de sus victorias, ni la constante fidelidad que observó despues á la Ley de Dios, ni su zelo por la Magestad del culto divino, ni las alabanzas de sus profecias, que parecian haberle borrado la memoria de su pecado, para no acordarse mas que de su piedad, y de tantas acciones santas con que despues le habia reparado, no pudieron borrarle de su espiritu, y de su corazon: *Et peccatum meum contra me est semper. (a)*

¡Oh Dios! decia continuamente el penitente Rey, quando me acuerdo en vuestra presencia de la multitud de mis iniquidades, de las gracias con que siempre me habeis favorecido, aun quando yo con mas ingratitud y escandalo violaba vuestra santa Ley, se turba mi corazon, me abandona mi confianza, y mis ojos miran sin gusto todo este resplandor y grandeza que me rodea. *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, & lumen oculorum meorum. (b)* Sí, Dios mio, todos los placeres del reynar no pueden aliviar la gran tristeza que dexa en mi alma el dolor de haberos ofendido. *Afflictus sum. (c)* Toda la gloria de mi Reyno no equivale al secreto abatimiento que en vuestra presencia me hace

(a) Psalm. 50. v. 4. (b) Psalm. 37. v. 22.

(c) Ibid. v. 9.

pádecen la memoria de mis flaquezas. *Humiliatus sum.* (a)
 ¿Qué podré yo, Señor, daros por tantas bendiciones con
 que me habeis enriquecido? En mis desórdenes nunca
 me habeis desamparado; me enviasteis Profetas que
 me anunciaseis vuestras santas voluntades; me disteis un
 corazón docil y dispuesto para la verdad; siempre me
 favorecisteis contra mis enemigos; multiplicasteis mi des-
 cendencia, y asegurasteis para siempre en mi casa el
 Trono de Judá; me hicisteis amado de mis pueblos,
 y temido de mis vecinos, ¿qué os daré yo, Señor, por tantos
 beneficios? ¿Podrán acaso bastar mis lágrimas para ex-
 piar mis delitos, ó para agradecer vuestras gracias? *Quid
 retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi.* (b)
 De este modo perseveró David hasta el fin, y afianzó
 en la continua memoria de su pecado la seguridad
 de su penitencia.

Finalmente, la última razón porque dexamos enti-
 biar nuestro agradecimiento, después de los primeros
 pasos de nuestra conversión, es porque no conside-
 ramos que quando Dios mudó nuestro corazón, nos
 prefirió á otras muchas almas menos pecadoras que
 nosotros, y no obstante las dexó en el camino de la
 perdición.

La preferencia que Dios usó con María, no en sa-
 carla del pecado, sino en preservarla de él, es para la Se-
 ñora el mayor motivo de su agradecimiento: se acuerda
 de que al mismo tiempo que el Señor desprecia á las de-
 más hijas de Judá, se digna mirar la bajeza de su Es-
 clava, escogerla, y llenarla de dones y de gracias; y
 siendo toda la ocupación de los pensamientos de María
 esta preferencia de las misericordias y amor del Señor
 para con ella, la sirve de despertar su amor, y asegu-
 rar su fidelidad.

Y

(a) *Ibid.* (b) *Psalm. 115. v. 12.*

Y á la verdad, Católicos, no hay cosa que tanto
 dé á conocer el valor de la gracia á una alma en quien
 Dios ha infundido un santo disgusto del mundo, y un
 horror de los pasados desórdenes, como el ver á una
 infinidad de pecadores de todas clases, de todas edades,
 de todos sexos, y que solian ser cómplices de sus
 antiguos placeres, entregados aun á la ceguedad, y
 á la corrupción de su corazón, quando ella sola ha
 sido escogida y separada por un singular favor de Dios,
 sacada de sus desórdenes, ilustrada, y llamada al co-
 nocimiento de la verdad: entonces, esta alma movi-
 da de la grandeza del beneficio, dice: ¿Qué habeis
 hallado en mí, oh Dios mio, que haya podido mere-
 cerme una distinción tan singular de gracia y de mi-
 sericordia? ¿Qué tenía yo mas que tantas almas á que-
 nes á mi vista habeis dexado perecer en el mundo, sino
 mas miserias que curar, y mas oposiciones á vuestra
 gracia? ¿Qué os he hecho yo para que así me prefi-
 rais? Yo he sido mas indiscreto en mis pasiones, he
 resistido mas tiempo á vuestras inspiraciones santas, he
 estado atado con mas pesadas y mas vergonzosas cade-
 nas: Este es, Dios mio, todo mi mérito. Una abun-
 dancia de iniquidad ha atraído sobre mí la superabun-
 dancia de vuestras misericordias: habeis escogido la mas
 flaca y mas delinquente de vuestras criaturas, para ha-
 cer resplandecer mas en mí el poder de vuestro brazo,
 y las maravillas de vuestra misericordia: Oh Dios, que
 tan propicio sois al pecador, dadme un corazón capaz
 de amaros tanto, como desea mi agradecimiento, y me-
 rece el exceso de vuestra bondad. En esto consiste,
 Católicos, esta fidelidad de precaución, tan necesaria
 para conservar la gracia recibida. Pero á la fidelidad
 de precaución añadió María la fidelidad de correspon-
 dencia.

PAR-

PARTE SEGUNDA.

NO basta haber evitado con precauciones saludables los escollos que pueden temerse en el principio de una vida christiana, es necesario tambien seguir los caminos por donde la gracia nos llama, y adelantar continuamente en el camino de la salvacion en que hemos entrado.

¿Quáles son, pues, las mas comunes causas de nuestras recaídas? Primeramente, el no haber seguido toda la fuerza y toda la extension de la gracia que nos sacó del desorden; en segundo lugar, el salirnos del camino por donde queria llevarnos; finalmente, el desmayar al tiempo que vamos adelantando, y ceder á cada obstáculo que el demonio opone á nuestra propia flaqueza. Pero Maria ofrece á la gracia una correspondencia de perfeccion, una correspondencia de estado, y una correspondencia de perseverancia; con que acaba de instruirnos.

En primer lugar; una correspondencia de perfeccion; y en esto enseña Maria á las almas movidas del deseo de su salvacion, á no poner límites peligrosos á la gracia que las sacó de los desórdenes del mundo y de las pasiones. Jamás hubo criatura que hiciese vida mas desprendida, mas pura, y mas perfecta que esta Santa hija de Judá; no tuvo inclinacion que divadiese ó debilitase en su corazon el amor á Jesu Christo; amóle mas que á su propia estimacion, pues las sospechas de Joseph no pudieron sacar de su boca ni una sola palabra que perjudicase á su humildad; mas que á su Patria, pues huye á Egypto sin detenerse; mas que á los aplausos mundanos, pues no le insta, como sus demás parientes á que se manifieste al mundo; mas que á su descanso, pues nunca le abandona en sus viages; y finalmente, mas que á sí misma, pues le

ofre-

ofrece en Sacrificio en el Calvario; sin que lo tierne de su amor ceda á lo grande de su fé; la llama la gracia al mas riguroso desapropio; á las virtudes mas perfectas, á las acciones mas heroicas, y nunca la limita á un genero de virtud mas suave y mas comun.

No hay, pues, cosa mas rara entre las personas que se han levantado de sus desórdenes, que este genero de correspondencia á la gracia. Bien sé que cada uno tiene su propio dón; que la medida de la gracia no es la misma para todas las almas; y que al siervo á quien se le hubiere dado menos, tambien se le pedirá menos; pero aseguro que tú en particular á quien Dios ha tocado, eres infiel á la gracia recibida, aunque te abstengas de los pasados delitos, si por otra parte te cifies á costumbres tibias, sensuales y comunes.

Y fundó esta verdad en las luces con que Dios os ha favorecido, y que se han seguido á vuestra penitencia; quando abristeis los ojos para ver lo enorme de vuestros pasados delitos, los abristeis al mismo tiempo para ver hasta donde se estendian vuestras obligaciones: conocisteis las reglas de la fé; visteis hasta donde estiende el Evangelio el despego, el aborrecimiento del mundo, el desprecio de sí mismo, el amor de la Cruz, y la violencia de los sentidos y del espíritu; visteis en la mayor parte de las costumbres recibidas en el mundo; muchas cosas que no veian los mundanos; en cada accion conociais lo mejor, según la expresion del Apostol; esto es, lo que debía hacerse para seguir el espíritu de la fé; y así digo que sereis juzgados según lo que habeis conocido, y que vuestras luces serán en la presencia de Dios la medida de vuestras obligaciones.

Fundó tambien esta verdad en los pensamientos que Dios os inspira; y si no, acordaos de aquellos primeros instantes de penitencia en que empezasteis á detestar

los.

los desórdenes de vuestra vida pasada; entonces sentisteis un nuevo gusto en la oracion, en el retiro, y en las santas austeridades: gemiais en lo íntimo de vuestro corazon por los empeños con que aún estabais ligados con el mundo, por los placeres que aun teniais precision de permitirlos, por las costumbres que una especie de cortesania os hacia seguir: os deciais á vos mismo, que una alma christiana debia desterrar de sí estas reliquias del mundo, y que una alma pecadora, entregada como la vuestra á las lágrimas, y á la penitencia, debia mirar estas costumbres mitigadas, como delitos. ¿No es verdad, Católicos, que á pesar de la flaqueza que hasta ahora os ha hecho perseverar en este estado, no se han borrado aun de vuestros corazones estos pensamientos fieles? ¿Que aun os reprehendeis todos los dias vuestra tibieza y vuestra infidelidad á los dones recibidos? ¿Que conoceis que aun falta algo á lo que Dios pide de vosotros? ¿Que no obstante el público error que alaba vuestra piedad, conoceis todavia que en la presencia de Dios estais muy distantes del estado á que os llama la gracia, y que las alabanzas de los hombres que suponen en vosotros virtudes que no teneis, serán motivo de hacer mas severa vuestra condenacion? ¿No es verdad que toda vuestra vida, por mas inocente que parezca á la vista de los hombres, no es mas que una continuacion de remordimientos, que no experimentais aquella paz inocente que es el mas suave fruto de la gracia, y que aunque os absteneis del pecado, con todo eso os hallais privados de todos los consuelos de la virtud?

La vocacion, pues, del cielo está escrita, por decirlo asi, en las inquietudes de vuestra alma. Si esta vida que aun seguís, natural y mundana, fuera la situacion ó estado en que Dios os quiere; si la gracia no os llamára á una abnegacion del mundo mas absoluta, á una mas severa vigilancia sobre vuestros senti-

tidos, estariais tranquilos en vuestro estado; solo experimentarais aquellos deseos de un estado mas perfecto, inseparables de la justicia christiana; pero no padeceriais las inquietudes de un corazon agitado, descontento, acobardado, que se esfuerza continuamente para levantarse sobre sí mismo, y que inmediatamente le abate su flaqueza; gustariais las delicias que se experimentan en ser de Dios y en servirle; el estar vuestra virtud triste é inquieta consiste en que es tibia é infiel; acaso otro que hubiera sido llamado á menor grado de gracia y de justicia, se preservára de caer en este estado de imperfeccion; sus inclinaciones menos vivas, su genio mas moderado, y su corazon menos facil de moverse, no hallaria entre los mismos peligros en que vosotros vivís, los mismos precipicios: pero vosotros cuyas inclinaciones mas fragiles, cuya alma mas facil en recibir las impresiones, solo puede estar segura lejos de los peligros, y defendida con todas las precauciones de la Fé, sentireis que insensiblemente se debilita vuestra virtud, que se disminuye vuestro horror al vicio, que cada dia se aumenta vuestra flaqueza; que cada objeto debilita vuestro corazon con nuevas impresiones, que cada victoria de las que conseguís disminuye vuestras fuerzas, y caeréis tanto mas peligrosamente, quantas mas habian sido las caídas invisibles que habian precedido en vuestro corazon, antes que un conocido abandono de Dios os manifestase á vosotros mismos vuestra caída. Es imposible el perseverar fiel por mucho tiempo no estando en el estado que Dios nos pide.

Finalmente, fundo esta verdad en vuestras pasadas costumbres. ¿Quereis saber cuáles deben ser los límites de vuestra virtud? Pues acordaos de qual fue la medida de vuestros vicios; esta regla es indefectible; haced en la piedad los mismos progresos que hicisteis en los desórdenes; dad á Dios otro tanto como disteis

al mundo, aquel desasosiego, aquella embriaguez, aquel olvido de vuestros intereses y de vuestra gloria, aquellas sutilezas en vuestros empeños profanos, aquel corazón ocupado siempre en sus pasiones, y que se tenía por feliz en sus penas; esto es lo que fuisteis para el mundo; pues sed lo mismo para Jesu-Christo; ofreced á vuestro corazón objetos mas santos; dejad para un Dios, que es solo digno de ser amado, la misma ansia, la misma constancia, la misma sutileza que teniais para las vanas criaturas; en vuestras deplorables pasiones haciais gala de parecer Heroes, de ser mas sinceros, mas generosos, mas fieles, y mas grandes que los demás hombres. Servid á Jesu-Christo con la misma nobleza, sin temor, sin respetos, sin division, sin bajeza; llevad la misma grandeza de alma al pie de sus Altares; no os contenteis con una virtud debil y comun, ni degradeis vuestro corazón quando le entregais á Jesu-Christo, cuya gracia le eleva y ennoblece quando está tímido y abatido.

Sí, Católicos, las pasiones en las personas de cierta clase siempre son vivas, sobresalientes, y extremadas; y la penitencia flaca, debil, y tímida; vuelven en sí de los pasados desórdenes, arreglan sus costumbres, se reconcilian con las cosas santas, pero no reparan los excesos pasados; suelen amparar á los Justos, honrarlos con su familiaridad, alentar su zelo, proteger las empresas utiles á la piedad, pero sin conocer las lágrimas, los rigores, los santos desprecios de las cosas del mundo, ni los sacrificios de la penitencia; tienen las públicas virtudes en que nada padece el amor propio, pero no las personales que son las que solamente forman al hombre interior, y obran la verdadera mudanza del corazón; esta suele ser la penitencia, particularmente de los grandes; hacense mas favorecedores de la piedad, pero no son por eso mas rigurosos consigo mismos; hacense mas religiosos, pe-

ro no mas penitentes. La primera cosa que Dios pide á un pecador, por mas distinguido que sea en el mundo, es sus suspiros, sus lágrimas, y sus trabajos. No se contentó David con llevar en triunfo á Jerusalén el Arca Santa, con haber juntado, á costa de grandes gastos, los materiales para un magnífico Templo, con honrar la santidad de Nathan, y del Pontífice Abiathar; sino que lloró su pecado, cubierto de ceniza y de cilicio; interrumpió mil veces su sueño para bañar su cama con sus lágrimas, y confesar en la presencia del Señor la ingratitud y enormidad de su delito; pasó lo restante de sus dias lleno de pensamientos de compuncion y amargura, no pudiendo persuadirse á que lo elevado de su dignidad le dispensaba en las reglas esenciales de la penitencia; es necesario padecer para satisfacer delante de Dios por vuestros pecaminosos deleytes; y mientras que vuestras pasiones no estén castigadas, no pueden estar mas que medio extinguidas.

Estas son reglas de fé y de equidad; vosotros podeis juzgar acerca de ellas. No basta haber salido de Sodoma, y de los caminos de la iniquidad, es necesario seguir á la gracia hasta donde ella quiera conducirnos. Salió Loth de aquella Ciudad reprobada, que Dios entregó á las llamas de su venganza, pero esto no fue mas que el principio de su salud; quiso el Angel llevarle hasta lo alto de la Montaña, no se atreve á seguirle, se asusta con la dificultad del camino, y pide que se le permita detenerse á un lado, en una Ciudad situada en la cuesta: *Quia nec possum in monte salvari::: est Civitas juxta:* (a) Con este medio creía haberse puesto en seguridad, haberse libertado del peligro de Sodoma, y de la fatiga de la Montaña. Pero las mitigaciones en materia de obligacion siem-

pre
(a) Genes. 19. v. 19. 20.

pre son peligrosas; abandone Dios, se emborracha, y dá motivo al mas abominable de todos los pecados; la virtud que busca el descanso está muy cerca de la virtud que se aparta del camino; y quando no hacemos mas que medio huir del vicio, estamos muy expuestos á volverle á encontrar; y esta es la primera infidelidad que inutiliza la gracia de la conversion.

La segunda consiste en seguir los caminos que nos dicta nuestra vanidad, ó nuestro capricho, y no aquellos por donde quiere conducirnos la gracia; pero Maria evita este escollo con una correspondencia de estado: elevada al grado mas sublime de la gracia, y con derecho de aspirar á los mas extraordinarios caminos, no sale del simple y natural de su estado: toda su piedad se halla limitada á criar á su Hijo con un religioso cuidado en su retiro de Nazareth; en tributar á Joseph el respeto y obediencia que le era debido por razon del sagrado vínculo con que á él estaba unida; en ir todos los años á Jerusalén para celebrar allí la Pasqua con su Pueblo; en sujetarse á las comunes observancias de la Ley; siempre persevera fiel en seguir la gracia en todos los acontecimientos de su vida; nunca se persuade á que un estado diferente seria mas favorable á la piedad; en las circunstancias en que Dios la pone, nunca busca razones para justificar lo que Dios condena; y el camino por donde la conduce la gracia la parece siempre el mas propio para su eterna salud. En esto suelen engañarse las mas santas intenciones, y aun la misma piedad suele ser nuestra mas peligrosa ilusion; apenas se encuentra quien quiera ir á Dios por el camino que le señala su gracia.

Algunos hay á quienes les parecen ligeras todas las cruces, menos las que les envia la divina Providencia; la pérdida de sus bienes y de su fortuna les parece tolerable, pero no pueden sufrir la mala fé de un ene-

enemigo que los deshonor y calumnia, y les parecen muy injustos estos sentimientos; en qualquiera otro estado que Dios nos colocase nos parece que le seriamos fieles, pero en este que es el unico camino por donde la gracia queria guiarnos, nos quejamos de su providencia, y faltamos á sus ordenes.

En medio del mundo y de la Corte, adonde nos llama nuestro estado, nos decimos á nosotros mismos, que seriamos mas fieles en el retiro y lejos de los peligros: en el retiro, en donde algunas veces nos detiene nuestra obligacion, nos persuadimos que la piedad sola, y entregada á sí misma, se relaja y desfallece, y que el trato de los Justos, y los públicos socorros de la virtud, la alientan y confortan; entre los cuidados públicos, una condicion particular parece mas proporcionada á la salvacion: si nos hallamos en este estado, pretextamos la inutilidad, y creemos que una vida desocupada casi no puede ser inocente: los que están ligados con el santo vínculo del Matrimonio se quejan de que las antipatías, casi siempre inseparables de una mutua sujecion, son un obstáculo invencible para salvarse: los que se hallan en un estado libre se figuran que si estuvieran ligados tendrían su corazón tranquilo, y serviría esto de freno á sus locas pasiones; cada uno apetece las obligaciones esenciales del estado en que no se halla, y nadie es fiel á la gracia de su propio estado. ¿Señor, decian los Israelitas en el desierto, nos habeis acaso trahido á estos lugares áridos para que nos sirvan de sepulcro? Dadnos enemigos con quienes pelear, y de quienes podamos defendernos, y no peñascos ardiendo, hambre y sed que nos consumen: (a) *Cur eduxisti nos in desertum istud ut occideres omnem multitudinem fame?* ¿Señor,

(a) *Exod. 16. v. 3.*

ñor, decían los mismos despues que salieron del desierto, y llegaron á los Países de Canaá, para qué nos sacasteis del Desierto? Allí solamente teníamos que defendernos de las incomodidades de un largo viage; aqui vamos á ser presa de estos Pueblos valerosos é innumerables que nos rodean, y nos traeis á una tierra habitada de Gigantes y monstruos que traغان á sus habitadores; *Terra devorat habitatores suos.* (a)

En el desierto, donde no necesitaban mas que de paciencia, les parecían fáciles el valor y la fuerza de los combates; en Palestina, en donde debían combatir, les parecia mas facil sufrir las incomodidades del desierto. De este modo, ¡oh Dios mio! con una continua ilusion huimos siempre de nosotros mismos, é infieles á el estado en que nos habeis puesto, substituímos á las presentes obligaciones, que serian penosas á la naturaleza; unos sacrificios chimericos, que divierten la fantasía, y nada cuestan al corazon.

Finalmente, á esta correspondencia de estado añade Maria una correspondencia de perseverancia. Hasta el fin ofrece á todos los rigores que Dios envió sobre ella una fé siempre mas viva, y mas constante; si Jesu-Christo, siendo aun niño, para probar, al parecer, su tierno amor, se pierde de su vista, y se oculta en el Templo, lejos de enfadarse, corre como la Esposa en busca de su Esposo que ha perdido, y no cesan sus cuidados hasta que halla á su amado. En las Bodas de Canaá, la respuesta de Jesu-Christo, tan aspera al parecer, no desalienta su fé, y en el mismo tiempo en que parece manifestarla el Señor tanto despego, espera todo quanto de él puede esperar; y su fidelidad, fundada sobre reglas sólidas, no depende

(a) Num. 13. v. 33.

de de los diversos modos de proceder de Jesu-Christo para con Maria.

Por lo comun en los principios de la piedad nos mantenemos por un cierto gusto sensible, que casi siempre acompaña á los primeros pasos de una nueva vida: un gusto, que las mas veces tanto es obra de la naturaleza como de la gracia, y que regularmente proviene mas de la flaqueza y timidez de un corazon tierno, que de una plenitud de amor y de compuncion; y así, llegando á faltar este gusto, y no teniendo apoyo sensible el corazon, desmaya, se entibia, y pierde el animo; mira atrás, está cerca de recaer, y por fin recae. Esta es la suerte de las mas de las almas; su piedad es una piedad sensible y gustosa; es un cierto atractivo inseparable de la novedad, y que tiene siempre mas imperio sobre las almas ligeras é inconstantes; no es una real y profunda persuasion de las verdades santas, un temor verdadero del Juicio de Dios, un santo aborrecimiento de sí mismas, un desprecio heroico del mundo y de sus deleytes, ni una mutacion universal del corazon; y de aqui provienen las tristes scenas que afligen á la Iglesia, que deshonoran la virtud, y que vemos todos los dias suceder; de aqui proviene el burlarse el mundo de tantas almas, que despues de haberle abandonado con ruido, vuelven luego á sus placeres.

Quando nos volvemos á Dios, Católicos, es necesario esperar disgustos y amarguras; mirar estas como parte de la penitencia que nos impone el Señor: fundar la fidelidad, no sobre el gusto que pasa, sino sobre reglas santas, sobre máximas de fé, sobre la verdad que siempre es permanente; convencerse con la luz que Dios nos inspira, de que el mundo es un sueño, que el pecado es la unica desgracia del hombre, que la inocencia es la verdadera felicidad aun en la tierra, que los males y bienes presentes no son ver-

verdaderos bienes ni males, y que nuestros títulos, nuestras dignidades, en una palabra, todo quanto somos á la vista de los hombres perecerá con los hombres, y solo seremos eternamente lo que seamos en la presencia de Dios. El gusto pasa, pero la verdad permanece eternamente. Y además de esto, decidme; el mundo á quien renunciasteis, ¿no tenia tambien sus amarguras? ¿No habia tambien entre sus placeres muchos ratos de molestia y de tristeza? ¿Los caminos de las pasiones de que salisteis estaban por ventura siempre sembrados de flores? ¿Es posible que habiendo amado tanto tiempo á un mundo pérfido, injusto, y molesto, os hayais de cansar de la virtud y de la inocencia al primer instante de disgusto? ¡Oh alma fiel! ¿Son acaso mas insufribles los disgustos de la virtud, que los del pecado? Estos dejan en el corazon una raíz terrible y funesta, que hace que no podamos sufrirnos á nosotros mismos; derraman un torrente de amarguras en lo interior de nuestra conciencia; no dexan al pecador ningun recurso dentro de sí; y entregandole á sí mismo, le entregan á todas sus desgracias.

Por el contrario, los disgustos de la virtud no son mas que unas inquietudes superficiales, que siempre dexan en el fondo de la conciencia una paz y una tranquilidad secreta: son nubes pasajeras, que ocultan por un instante al alma su Señor, y su Dios, pero que no apagan en ella las luces de la fé que alumbran aun en este lugar obscuro, y que en secreto la consuela en sus penas.

En la Escritura Santa podeis ver la diferencia. Saúl cansado de sí mismo y de sus delitos es un infeliz, que no puede sufrir el peso de su conciencia; vuélvese á todas partes, y no halla cosa alguna que pueda calmar los furoros de su alma; el Harpa de un Pastor divierte su tristeza, pero no la cura: los encantos de una Pytho-

ni-

nisa engañan su vista, pero no pueden engañar su corazon: los espectáculos del reyno mitigan su enfado, pero no pueden librarle de sus crueles pesares: busca modo de engañarse, y no le halla; huye de sí mismo, y se encuentra en todas partes: siempre lleva consigo sus inquietudes y disgustos; y lejos de suavizar con los placeres que le cercan la amargura de su alma, derrama esta amargura sobre todos los placeres que pudieran consolarle. Estas son las inquietudes del pecado.

Al contrario David, padeciendo las amarguras, á que Dios suele entregar algunas veces las almas justas: Quando ¡oh Dios mio! dice, derramareis sobre mi alma aquellos inexplicables consuelos, en que conoce un corazon que os ama, lo suave que sois, y la gran felicidad que tiene en ser vuestro. *Quando consolaberis me? (a)* ¡Ah! Si vuestra santa Ley no me sostuviera en este estado de tristeza y de trabajo, no podria defenderme de mí mismo, y mi flaqueza venceria la grandeza de vuestros beneficios, la verdad de vuestras promesas, y la fidelidad que tantas veces os he prometido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc fortè periissem in humilitate mea. (b)* El uno abandonado de Dios, y entregado á sí mismo, no halla alivio sino en los horrores de su propia conciencia; el otro afligido por Dios, pero teniendole siempre oculto en lo íntimo de su corazon, lleva consigo el consuelo de todas sus penas. En una palabra: El pecador, perdiendo el gusto de los placeres, lo pierde todo. El Justo nada pierde en perder los consuelos sensibles de la virtud, porque no pierde la misma virtud. ¡Gran Dios! ¡Qué facil es el consolarnos mientras que os poseemos! ¡Quánto mas apreciables son las amarguras de la virtud, que las falsas alegrías del

pe-

(a) Psalm. 118. v. 182. (b) Psalm. 118. v. 92.

pecado! ; Y qué bien se recompensán los rigores con que affligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce, ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos dá Maria: felices nosotros, si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.



SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO

DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR
la Conversion.

*Ego vox clamantis in deserto: Dirigite
viam Domini.*

Yo soy la voz del que clama en el desierto.
Enderezad el camino del Señor. *Joan. I.
v. 23.*

SEÑOR.

Jesu-Christo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiendolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se dexa arrastrar nuestro insensato corazon,